

María Douglas

Héctor Gómez

María Douglas cierra el hermético círculo de las cuatro enormes –insuperadas, hasta lo que va de este siglo– presencias femeninas del teatro de México, que iniciara doña Virginia Fábregas y que continuaran María Teresa Montoya e Isabela Corona.

María Douglas, después de una corta experiencia con “grupos experimentales”, deslumbra con *Salomé* de Oscar Wilde, dirigida por la olvidada Luz Alba en el Palacio de las Bellas Artes.

María Douglas realiza, entre los años 1948 y 1955, uno de los momentos mayores del teatro en cuanto a la “excelsitud”, como se dijo entonces, de sus interpretaciones de: *Un tranvía llamado deseo*, de Tennessee Williams, dirigida por Seki Sano; *Las coéforas*, de Darius Milhaud, con la Orquesta Sinfónica de México, dirigida por Carlos Chávez; *Medea*, de Jean Anouilh, traducida por Luisa Josefina Hernández y dirigida por Salvador Novo; *Juana de Arco en la hoguera*, oratorio de Arthur Honegger, basado en un texto de Paul Claudel, con la Orquesta Sinfónica de México dirigida por Thomas Mayer. La dirección de escena fue de Celestino Gorostiza y se presentó en el Palacio de las Bellas Artes. Un cuarteto inigualable, contundente. No existió espacio para un adjetivo más de elogio para María.

Es a partir de este momento en que, gracias a la tradicional ceguera e indiferencia de las autoridades gubernamentales encargadas de la cultura, así como de los empresarios comerciales, para apoyar el talento –el “ninguneo” mexicano tan subrayado por Rodolfo Usigli, basamento sólido de las letras dramáticas de esta Facultad– la trayectoria de María se desequilibra entre vacíos de tiempo y vacíos teatrales.

Esta ceguera e indiferencia para el talento se hará más evidente en el vacío del cine y la televisión.

María Douglas, en 1959, exhausta, sacará fuerzas de su inagotable riqueza artística, para hacer con su interpretación de un melodrama menor de Alejandro Casona, *La casa de los siete balcones*, dirigida por Fernando Wagner, un deslumbrante espectáculo inolvidable por su delicadísima interpretación.

María Douglas, exhausta nuevamente ante el “ninguneo”, se retira de toda actividad artística. Seis años de ausencia.

Logro, gracias a la amistad que me unió a ella desde que nos conocimos (1952), dirigirla en su retorno en un espectáculo que reunía tres escenas de sus grandes éxitos: *Un tranvía llamado deseo*, *Medea* y *La casa de los siete balcones* y, posteriormente, ese mismo año, *Cartas de Nueva Orleans*, para celebrar el centenario del Degollado de Guadalajara, en 1966.



María Douglas en *Un tranvía llamado deseo*, de Tennessee Williams, 1948.

Invitada por Fernando Wagner, estará entonces en esta Facultad, como catedrática, con todo su talento y su generosidad.

María Douglas repetirá magistralmente en 1968 otro de los momentos “cumbre” del teatro en México con su incorporación de *Las tentaciones de María Egipcíaca*... ¡Genial!... por enésima vez...

Nuevamente el vacío del “ninguneo”.

En 1970, a raíz del suceso en la ONU, un grupo de amigos erigidos en empresa teatral le rinden homenaje con otra puesta en escena de *Medea*, de Anhouil, y pide ser dirigida por mí. Breve temporada.

Nuevamente el vacío del “ninguneo”.

En 1973 intentará el reestreno de *La hiedra*, de Xavier Villaurrutia, una vez más dirigida por mí, pero el infinito cansancio que procura el “ninguneo” la hará desistir de éste último propósito, abandonando el proyecto que asumirá Beatriz Aguirre, alumna dilecta de Xavier Villaurrutia.

María Douglas, en diciembre de ese año, hará su mutis final.